

La voz anticipadora de don Federico Henríquez y Carvajal¹

Pedro Mir

Nota preliminar

La historia dominicana recoge de la larga y ejemplar existencia de don Federico Henríquez y Carvajal sus grandes aportes como abogado, periodista, orador, poeta, publicista y en especial como pedagogo, pues desde muy joven se dedicó a la enseñanza. Junto a Eugenio María de Hostos ayudó a impulsar la Escuela Normal de la cual fue director. Su labor como educador fue brillante, sirviendo tanto a la educación media como a la superior por lo que se mereció el sobrenombre de «El Maestro».

Sin embargo, hay facetas de este ilustre dominicano que merecen estudiarse más a fondo y divulgarse masivamente, porque son parte importante de la casi desconocida historia de la lucha antillanista (Confederación Antillana) y antiimperialista latinoamericana de finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX.

El artículo que se reproduce a continuación de esta nota, «La voz anticipadora de don Federico Henríquez y Carvajal», refleja parte de la ardua lucha de este dominicano en pos de la

¹ *Revista del INRA*, año II, núm. 9, La Habana, 1961, pp. 66-69.

dignidad y libertad de nuestra América. Se publicó en la revista del Instituto Nacional de Reforma Agraria –INRA–, (La Habana, 1961). Fue escrito por don Pedro Mir, poeta nacional y luchador antiimperialista, que al igual que el poeta y apóstol de la libertad cubana, José Martí, supo aquilatar la entrega y pasión con que don Federico Henríquez y Carvajal abrazó la causa antillana (en especial la cubana) y latinoamericana.

En éste, el poeta dominicano destaca cómo José Martí en su «carta-testamento» a don Federico², lleno de optimismo planteaba «Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América...» Mientras va comentando la histórica carta, relata episodios de cómo la vida de este ejemplar dominicano estuvo consagrada a la lucha contra la opresión en todas sus formas, desde sus poesías, las tribunas de los congresos y conferencias latinoamericanas hasta la creación de clubes o sociedades amigas de Cuba.

Para mostrar la entereza con que don Federico asumió la lucha del pueblo cubano, relata que éste no vaciló cuando tuvo que acudir ante el tirano Ulises Heureaux (al cual combatía) si con ello ayudaba a la causa cubana, destacando que su lema fue ¡Todo por Cuba!

En este artículo, el poeta nacional, muestra de forma magistral cómo la causa cubana y la lucha contra el imperio fueron las grandes paleas de don Federico Henríquez y Carvajal. También refleja la amistad y admiración que existía entre él y José Martí y el amor con que estos dos titanes asumieron la lucha por la libertad antillana y en general de nuestra América.

Por el valor y vigencia que tienen los planteamientos de estos luchadores antillanos, el Archivo General de la Nación reedita

2 De Federico Henríquez y Carvajal expresó Martí en *Patria*: «...es hombre que se duele de toda injusticia, y ayuda a toda empresa de libertad, y busca por sobre mares y montañas el mérito americano, y enlaza a nuestros pueblos con las letras amigas y suaves, y los ama con pasión». Por eso en víspera de su salida hacia Cuba escribe al dominicano amigo, la carta a la que se refiere Pedro Mir, la cual junto a la carta inconclusa al mexicano Manuel Mercado, constituyen el testamento político de José Martí.

este escrito como contribución al conocimiento y difusión de quienes fueron tres grandes luchadores y poetas o mejor, poetas y luchadores de nuestro Caribe hispano.

REINA C. ROSARIO

José Martí, ya con el perfil inclinado hacia la posteridad, dejaba caer en una de sus cartas este pensamiento:

Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo...

¡Quién sabe si en sus anchos horizontes visualizaba ya, en el destino de Cuba, este penacho vigoroso que se agita por tierras del Continente y hace primores con el equilibrio del mundo! (¡Oh, premio de la paz!) Pero aquella era una carta de despedida escrita, como decía él, en momentos de obedecer y acatar «como superior dispensación, y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba».

Aquella carta –Montecristy, 25 de marzo de 1895– ya se sabe que iba dirigida a don Federico Henríquez y Carvajal, que la apellidó, tal como la conoce la Historia, con el bello nombre de «carta-testamento». El pensamiento citado continúa, y en ello nos detendremos un poco, con unas palabras dulcemente imperativas: *Vea lo que hacemos, Ud. con sus canas juveniles, y yo, a rastras, con mi corazón roto...*

Por caminos pedregosos, palos amargos, «río al muslo, bello y ligero bosque de pomarrosas... por abras tupidas y mangales sin fruta» siguió Martí la ruta del «Diario» que interrumpe, el día 17, con unas palabras en las que se percibe cierto revoloteo oscuro: «Está muy turbia el agua crecida del Contraamaestre» Dos días después, en las inmediaciones del río, estaba hecho todo.

A don Federico le correspondió un destino más prolongado. Aquellas canas juveniles coronaron una frente centenaria cuyos últimos destellos casi rozaron los pliegues de la Revolución cubana. Y no es sin alguna inconformidad que uno lee, en el mensaje que el Maestro dominicano dirigió a los pueblos de América, en ocasión de su Centenario, en 1948, aquellas palabras transidas de amargura con las que inicia el documento:

Jose Martí, en una de sus cartas, siempre llenas de optimismo, me decía: «seremos grandes, aun lo verá usted con sus ojos». Diríase que esta larga y penosa jornada de mi vida debía tener, como merecido galardón, el noble vaticinio del Apóstol de la causa libertadora de Cuba.

Pero don Federico murió seis años después y aún faltaban unos cinco para que pudiera ver «con sus propios ojos» cómo le había ofrecido Martí, de qué manera, con qué fervores, la Revolución cubana iba a dar a las Antillas la misión de salvar la Independencia de nuestra América, la oportunidad de salvar el honor, ya desde entonces dudoso y lastimado, de la América inglesa y acaso acelerar y fijar el equilibrio del mundo.

No recibió su vida, pues, el galardón de la victoria. No alcanzó nuestra grandeza. Porque la victoria misma es apenas un peldaño y la talla de los grandes hombres no se mide sino por la magnitud, la firmeza y la fragancia de la lucha, don Federico pudo haber rendido cuenta, a su «gran amigo y hermano» de aquél mandato amable. Hizo lo suyo.

Cuba lo distinguió con una condecoración especial y le dio el título de GRAN AMIGO DE CUBA, «agradecida a los grandes servicios que le fueron prestados como desinteresado prócer de nuestra Revolución Emancipadora».

El Tercer Congreso Histórico Municipal Interamericano le rindió con otras instituciones un homenaje en su Centenario. Y la IX Conferencia Panamericana hizo otro tanto.

Este último homenaje tenía una significación particular. Ya en

la Segunda Conferencia Panamericana –México, 1901– concurrió don Federico como delegado de la República Dominicana. Se libró en esa conferencia una gran batalla contra la pretensión de Estados Unidos de imponer el arbitraje forzoso. Aunque a la postre lograron la aprobación unánime de la Conferencia –eran aquellos los primeros balbuceos imperialistas– no fue sino después de vencer la resistencia de varias delegaciones y obligar a modificar el voto de no abstención de la delegación dominicana. Posteriormente, en la Cuarta Conferencia –1910 en Buenos Aires– un nuevo delegado dominicano, Dr. Américo Lugo, promovió un escándalo al censurar la política norteamericana y contó con el respaldo de don Federico que denunció en un artículo a «la potencia interventora y fiscalizadora». Ya desde entonces tenía sentimientos antiimperialistas.

Porque toda la vida del Maestro dominicano estuvo consagrada a la lucha contra la opresión en todas sus formas.

A los veinte años hizo sus primeras armas en la vida pública con la defensa apasionada de los cubanos en la guerra de los Diez años. En medio de una juventud exaltada por la causa insurrecta de Cuba, don Federico se distinguió por sus fogosos artículos, por sus poesías, por sus discursos en todo acto de los emigrantes cubanos en Santo Domingo.

Era apenas el comienzo de una larga vida azotada en toda su extensión, como su propia tierra, por los más violentos vendavales de la tiranía. Primero, la de Heureaux que se prolongó 20 años. Después la intervención americana que perpetró el cercenamiento de la soberanía con una ocupación militar en 1916. Finalmente, ya en las postrimerías de su existencia, la tiranía de Trujillo, desde 1930, a la que no dejó de condenar, postrado y ciego en su silla centenaria.

Pero sus dos grandes peleas fueron, la causa de Cuba y la causa antiimperialista.

La guerra de Independencia de Cuba constituyó un verdadero paroxismo popular en Santo Domingo. Se fundaron innumerables clubes patrióticos, se recabaron fondos, se les brindó todo el

respaldo a los exilados cubanos y, en fin, numerosos dominicanos se enrolaron en las filas mambisas. La figura más conspicua de este movimiento en Santo Domingo fue don Federico Henríquez y Carvajal. El mismo presidió el «Club 27 de Febrero» que agrupaba 622 miembros. Al mismo tiempo, era presidente de Honor del «Club de Damas». Sus hijos Porfirio y Fernando Abel actuaban en el «Club Quisqueya» en un teatro de madera cuyas recaudaciones eran entregadas al tesorero del «Club Patria y Libertad» para ser enviados a la delegación de Nueva York.

La movilización popular fue tan profunda que, a pesar de que el país sufría entonces su primera gran tiranía, no pudo ser frenada por el Gobierno sometido a la presión de la representación española. Y ocurrió entonces una anécdota, no por conocida menos digna de ser contada:

Don Federico estaba enfrentado al régimen y apenas salía de la cárcel, cuando llegó Mayía Rodríguez a Santo Domingo con el encargo de obtener fondos de las cajas revolucionarias para la causa de Cuba después del fracaso del Fernandina. Pero estos fondos estaban agotados como consecuencia de los envíos inmediatos a Nueva York. Alguien propuso que se le pidiera el dinero al tirano y se encomendó esta misión a don Federico.

Hay que suponer lo que esta gestión suponía para su dignidad, pero su amor a Cuba se impuso. El tirano no solamente recibió la comisión amablemente sino que accedió a extender un cheque por 4 mil pesos y autorizó la actuación abierta de los clubes patrióticos. Cuando Heureaux les acompañó a la puerta para despedirles, advirtió:

–Nadie sabe, y el presidente Heureaux menos que nadie, ni de esta entrevista ni del resultado de nuestra conferencia.

Don Federico le contestó:

–Del general Ulises Heureaux depende que nada sepa de esto el Presidente de la República...

Finalmente estrecharon las manos, cuenta don Federico que, en ese momento, musitó una frase que luego vino a ser una especie de lema o consigna de su vida: ¡Todo por Cuba!

La anécdota muestra, no solamente el amor de don Federico a Cuba, sino la formidable presión popular encaminada por el sendero de la emancipación cubana y a la cual no pudo enfrentarse el tirano sin riesgo de que las manifestaciones de solidaridad impulsaran incontinentemente la propia causa democrática de los dominicanos.

La otra lucha de don Federico fue contra el imperialismo. Ya desde los tiempos de su participación en el atrio panamericanista, cuya verdadera naturaleza no ha sido revelada ante los pueblos de la América Latina hasta estos grandes días revolucionarios, don Federico hacía manifestaciones antiimperialistas.

Pero fue en 1916 cuando esta postura adquirió en su vida y su obra el vigor y la dedicación que le dieron talla próspera y le conquistaron el respeto de sus contemporáneos y la admiración y el cariño de su pueblo.

Cuando las tropas de «marines» desembarcan en Santo Domingo bajo las órdenes del Almirante Caperton, con el propósito de subyugar al pueblo y hundir en él sus tenazas financieras, don Federico ocupaba la presidencia del Tribunal Supremo. Jimenes, presidente de la República, renunció al cargo tan pronto las tropas yanquis desembarcaron y quedó abierta la sucesión presidencial. Don Federico fue llamado para el cargo. Pero, mientras las cámaras decidían la votación que, de acuerdo con una condición exigida por el propio don Federico, había de ser unánime, el almirante Caperton desplegó una gran actividad para someterlo a los dictados imperialistas, tal como había sido hecho con Dartiguenave³ en la vecina Haití.

—¡Yo no soy ningún Dartiguenave y espero que ningún dominicano se preste a serlo! replicó don Federico mientras ponía al Almirante en las puertas de la calle.

Y presentó su renuncia. Las cámaras llaman entonces al Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, hermano de don Federico que estaba instalado en Santiago de Cuba, y se integra un gobierno

3 Se refiere a Sudre Dartiguenave, presidente de Haití (1915-1922). (N. E.)

de resistencia nacional en el cual, el propio don Federico ocupa el cargo de ministro de lo interior. A poco este gobierno era derrocado por los «marines» para establecer un gobierno militar que gobernó, y además atropelló, ensangrentó, saqueó y echó las bases para un régimen tiránico que dejó encaminado, al desocupar el país en 1924 y que al fin se estableció en 1930 hasta el sol de hoy.

Este atropello a la dignidad nacional arrojó a don Federico al exilio y lo sumió en una lucha cuya última manifestación fue el «Mensaje a la América» en ocasión del Centenario y en el cual responsabilizó al imperialismo de la tragedia latinoamericana y abogó, una vez más, por el ideal de la confederación antillana y la independencia de Puerto Rico.

Pero antes tuvo que enfrascarse en un largo peregrinar por tierras de América en la que desplegó una actividad incansable en la denuncia del atropello perpetrado contra la soberanía dominicana, de la naturaleza plutocrática del imperialismo norteamericano y de la situación imperante en su patria bajo la bota extranjera.

Combatió al imperialismo con todas sus fuerzas y en todos los terrenos. Escribió numerosos artículos, dictó conferencias, concedió entrevistas, fundó organizaciones de solidaridad, promovió la gestión americanista con intelectuales, artistas, apeló a los gobiernos amigos y a personalidades influyentes. Luchó como juriconsulto, como magistrado, como poeta, como catedrático, como simple ciudadano.

De toda esa actividad que da, naturalmente, lo más concreto, su obra, no hay quizá en toda la literatura dominicana una voz que enjuiciara con más perspicacia la naturaleza financiera y monopolística de la intervención yanqui en Santo Domingo y pusiera el énfasis en las implicaciones económicas del atropello. «El capitalismo ha creado una clase auripotente: la plutocracia. La plutocracia es causa y agente. El imperialismo es efecto de esa causa. El dólar es el instrumento de zapa del capitalismo multimillonario», dijo. Este pensamiento dominó toda su denuncia y su

preocupación frente a la avanzada de la opresión en los pueblos de la América Latina.

Y finalmente, en su mensaje tantas veces evocado en estas páginas, al culminar el centenario de una existencia dominada por el amor a la libertad, condenaba todavía al «pernicioso imperialismo capitalista» y a su «vituperable política del dólar» para hacer un llamamiento a la libertad:

No puedo dejar pasar este acontecimiento (la IX Conferencia Panamericana que le había rendido homenaje) sin hacer una cálida apelación a sus conspicuos miembros para que no olviden que el mejor homenaje que se puede rendir en tierra de Martí a los libertadores americanos es abogar por la completa extinción de todo poder colonial en América y por la Independencia de Puerto Rico.

Esa era ya su voz cuando las canas juveniles que saludó Martí y las que, por milagrerías del poeta, quedaron convertidas en instrumento de lucha, tomaron los destellos del siglo para imprimirle a su «Mensaje» la fuerza que se ausentaba de sus pasos y de sus venas. «Vea lo que hacemos, Ud. con sus canas juveniles, y yo, a rastras, con mi corazón roto...».

Lo que ambos hicieron, el uno con los destellos de sus sienes, el otro, a rastras, con los de su corazón, es el sendero por donde transitan los pueblos latinoamericanos: hacia la Segunda Independencia liberadora.